

pues permite al lector acercarse al conocimiento de la región y sus fenómenos sociales desde muy distintas ópticas –sociología, antropología y demografía– a partir de tres dimensiones fundamentales que cruzan todo el estudio: empleo, residencia e identidad.

Para complementar el enfoque teórico, se presentan ricas descripciones de las técnicas y estrategias metodológicas con que cada investigador abordó el problema desde su disciplina en particular.

El objeto de estudio se justifica por dos razones fundamentales. La primera es el hecho de que, a pesar de ser una región de suma importancia en términos de desarrollo económico y demográfico, el valle de San Quintín no ha logrado captar la atención de la academia, lo cual dificulta la comprensión de fenómenos como el proceso de urbanización en esta zona agroindustrial o los consecuentes conflictos sociales que se derivan de esta dinámica. La segunda razón es que, aunque el fenómeno de la migración jornalera se ha documentado desde hace tiempo en algunas regiones del país y, por supuesto, desde la perspectiva de la migración internacional de estos grupos de trabajadores, el proceso de sedentarización generado y su relación con las transformaciones de la tecnología empleada en esta industria han sido menos abordados.

La temporalidad del estudio se delimita sobre la base de que es justo en estas últimas tres décadas cuando San Quintín se posicionó como una de las regiones más importantes en la agroindustria de exportación. En ese mismo periodo se observa una mayor tendencia a la sedentarización por parte de importantes grupos de jornaleros que han llegado a la región. Pese a esto último, de acuerdo con la investigación, la sedentarización de grupos de jornaleros no implica por necesidad una oposición a la movilidad tradicional de estos grupos; por el con-

trario, la mezcla de movilidad y arraigo entre los miembros de los grupos familiares se perfila como una estrategia colectiva de reproducción que se pone en juego, a la vez que se activan las redes sociales y el capital social.

En este sentido, el texto cambia la percepción tradicional sobre la región de San Quintín como un lugar de tránsito de jornaleros agrícolas, al concentrar la mirada en el proceso de transformación en un joven asentamiento urbano donde tienen lugar “nuevas formas de socialización, integración social y comunitaria e incipientes procesos de diferenciación socioeconómica” (p. 20).

El libro se compone de ocho capítulos donde se conjuntan un sólido enfoque teórico desde el que se construye un modelo de análisis a partir de los estudios sobre las migraciones agrícolas, una descripción y análisis del desarrollo de la región, la influencia de la transformación tecnológica de la producción en el proceso de sedentarización de los jornaleros, una descripción y análisis de los cambios en el mercado de trabajo con una aproximación tanto cuantitativa como cualitativa, una descripción de las trayectorias de asentamiento de las trabajadoras que se liga con las diversas estrategias desplegadas por los grupos domésticos en el proceso de arraigo, así como el costo que representa para las familias, pero también los beneficios obtenidos.

En los capítulos finales se describen y analizan los roles de distintos actores que se despliegan en la región, desde las instituciones de gobierno, grupos religiosos y otras organizaciones políticas y sociales involucradas en la transición de migrantes a colonos de estos trabajadores y sus familias; la descripción de las principales luchas sociales ligadas con el proceso de sedentarización; la formación de una identidad regional que, entre otros fenómenos, expresa la tensión social entre los distintos actores ya descritos.

Esta identidad se analiza a partir de tres ejes principales que reflejan *a)* la condición de subalternidad directamente asociada con las relaciones laborales y con el espacio residencial, *b)* la transformación de la condición de migrantes a asentados que viven los migrantes y *c)* lo que los autores describen como “el horizonte de subalternidad transnacional e intergeneracional”.

Un aspecto interesante del texto es el hecho de que evidencia la necesidad de construir una agenda de investigación compleja e interdisciplinaria que ayude a comprender el proceso de sedentarización y su articulación con otras estrategias desplegadas por los trabajadores, como la movilidad de algunos miembros o la activación de redes y capital social.

Sin duda este libro se convertirá en un referente no sólo de los estudios de la región, sino también del estudio de esta dinámica de formación de nuevas comunidades urbanas que las transformaciones tecno-productivas en la agroindustria están empujando.

• • •

María Isabel Ortega Vélez, Pedro Alejandro Castañeda Pacheco y Juan Luis Sariego Rodríguez (coords.), *Los jornaleros agrícolas, invisibles productores de riqueza. Nuevos procesos migratorios en el noroeste de México*, México, CIAD/Fundación Ford/Plaza y Valdés, 2007

Claudia E. Delgado Ramírez\*

**E**ste libro reúne 10 trabajos de diversos especialistas que, desde sus propias trincheras disciplinares, analizan los fenómenos de la migración y el trabajo

\*Profesora-investigadora, Centro INAH Baja California; coordinadora del equipo Frontera Noroeste, proyecto Etnografía de las Regiones Indígenas de México, INAH (claudia\_delgado@inah.gob.mx).



agrícola de manera articulada y compleja en el noroeste de México, una región caracterizada por las llamadas empresas agroindustriales y la confluencia en éstas de miles de jornaleros.

Juan Luis Sariago Rodríguez (†) sintetiza y articula en la “Introducción” las discusiones y conclusiones de los textos mediante una reflexión analítica sobre el carácter multifacético de la agricultura mexicana y, en particular, las características más persistentes de ésta, como un dinamismo en aumento, altos niveles de tecnificación y mercados de exportación hacia los que se dirige esta “riqueza” producida con el trabajo de los jornaleros, muchos de los cuales son indígenas. Lejos de plantear preguntas de investigación para empresas académicas futuras, Sariago propone una agenda para el estudio de la que denomina “agricultura jornalera”.

De acuerdo con él, esta agenda se organiza en tres grandes dimensiones: la primera es el impacto del TLCAN en la producción hortofrutícola y la configuración de los mercados de exportación. La segunda inquiriere sobre la caracterización de los sujetos que antes fueron campesinos y ahora son jornaleros; es decir, se pregunta sobre una caracterización de estos procesos de proletarianización del cam-

pesinado y de la conformación de una “nueva ruralidad” en México. La tercera aborda lo que, en palabras del propio autor, se vislumbra como comunidades indígenas flexibles y discontinuas, transnacionales y persistentes en cuanto a su pertenencia al grupo indígena.

Una mirada tan completa hacia una realidad tan compleja sólo es posible por medio del análisis de los diversos trabajos plasmados en el libro.

Maren von der Borch hace un recorrido por los procesos desencadenados en ambos lados de la frontera, en particular en Sonora, a partir del Programa Braceros (1942-1964). Explica a detalle el porqué del incumplimiento del convenio que dio origen al programa provocó una “sobreoferta de mano de obra mexicana” en los estados del sur de Estados Unidos y una escasez de trabajadores en los ranchos de los incipientes empresarios agrícolas de Sonora. Tal escasez generó diversas estrategias por parte de los agroindustriales para atraer y mantener la mano de obra, que incluyeron un incremento de 20% en el salario, la presión sobre el gobierno para generar incentivos y el establecimiento de una cuota de trabajo obligatoria para los jornaleros que desearan emigrar a los Estados Unidos de manera legal.

Esta última medida provocó asimismo un impacto negativo en los trabajadores agrícolas, quienes, obligados a trabajar al menos 20 días en un rancho sonorense, quedaban supeditados a pésimas condiciones de trabajo que implicaban sueldos muy bajos, sin prestaciones ni garantías laborales. Esta reducción de los costos de producción y el auge en los precios del algodón permitieron la expansión del capital sonorense y su posterior consolidación y desarrollo.

En un trabajo de corte cuantitativo, Hubert C. de Grammont señala que la mayoría de las empresas agrícolas están constituidas con capitales mexicanos y

que no son las transnacionales las que dominan el segmento de la producción de hortalizas frescas, al contrario de lo que muchos creíamos. El análisis arroja información muy precisa sobre el empleo y la relación con las características de las empresas dedicadas a la producción hortícola. Por ejemplo, las empresas que producen para el mercado nacional suelen contratar mano de obra local, y las que producen para mercados de exportación prefieren la contratación de migrantes.

Además, las grandes empresas externalizan los riesgos de producción –asociados con las fluctuaciones del mercado– mediante la reproducción de empresas más bien familiares, las cuales se integran a estas cadenas productivas. Esto explica por qué las pequeñas unidades de producción, aunque disminuyen, no desaparecen frente a estas inversiones millonarias. Este trabajo nos permite reflexionar sobre la articulación dependiente entre jornaleros-pobreza y empresarios-capital, donde queda en medio una multiplicidad de factores que siempre parecen jugar a favor de los segundos.

El análisis del proceso de asentamiento definitivo de la mano de obra empleada en los campos y ranchos del valle de San Quintín es el eje del ensayo de María Eugenia Anguiano Reyes, quien introduce al tema explicando el intensivo crecimiento regional del valle desde hace tres décadas, caracterizado por la llegada masiva de trabajadores agrícolas de los estados de Oaxaca, Guerrero y Veracruz. Luego de presentar la dinámica poblacional y su estructura, la autora separa a la población temporal de la ya asentada de manera permanente. Esta división y sus características es en particular útil en términos de las categorías analíticas que permiten analizar distintos procesos, pues es común que se siga considerando a los migrantes como trabajadores de

paso en el estado de Baja California, e incluso la denominación común asumida por ellos es la de “migrantes indígenas asentados”.

Del análisis resultan algunas observaciones: la región de San Quintín es compleja e incluso contradictoria, ya que mientras la actividad productiva se reduce, los núcleos poblacionales crecen con la decisión de asentarse de manera permanente; sus residentes ahora tienen una mayor estabilidad y comparten espacios apropiados por la residencia y vecindad; el conocimiento de la población es indispensable para abonar a políticas públicas que mejoren los servicios públicos y el equipamiento de estos núcleos que conforman la región.

El trabajo de Laura Velasco presenta una caracterización general de la población asentada en el valle de San Quintín y enfatiza en los migrantes indígenas que provienen en su mayoría del estado de Oaxaca, aunque también de Guerrero y, en últimas fechas, de Veracruz. El eje del artículo es el proceso residencial y de asentamiento de estos jornaleros de acuerdo con su movilidad estacional o permanencia en el valle, su composición étnica, sus lugares de trabajo y el tiempo que llevan residiendo en San Quintín.

La autora distingue tres tipos residenciales: el campamento, las cuarterías y las colonias. Los primeros son la “forma tradicional de vivienda” para trabajadores agrícolas en San Quintín y se concentran en los extremos norte y sur de la región. En términos generales las condiciones de vida son bastante precarias: los jornaleros temporales que llegan de manera directa a un rancho o campo viven en estos asentamientos y la población indígena es sobre todo nahua y mixteca.

Las cuarterías son una forma residencial empleada en su mayoría por los jornaleros libres –quienes pueden contratarse en una u otra empresa de manera indistinta–, la cual en apariencia

ha sido también una estrategia de algunos empresarios para no asumir los gastos ni la inversión en una infraestructura que apruebe los requerimientos de certificación.

Las colonias han proliferado en las dos últimas décadas. Velasco distingue entre las mixtas o con una composición multicultural y los “barrios étnicos”, compuestos por población mixteca, triqui y zapoteca. Sin duda la relación entre migrantes indígenas y el trabajo agrícola hortofrutícola en el valle de San Quintín es un binomio casi indisoluble cuyo dinamismo plantea preguntas de investigación permanentes.

José A. Moreno Mena y Lya Margarita Niño abordan en un estudio comparativo las condiciones de pobreza y niveles de bienestar entre jornaleros indígenas y trabajadores mestizos del valle de Mexicali y el de San Quintín. El eje de su análisis es la etnicidad, pues se presupone que los jornaleros indígenas –con otras características asociadas– tienen menores niveles de bienestar en términos de educación, alimentación, salud, condiciones de vivienda e ingreso.

Echando mano de los métodos de “necesidades básicas insatisfechas” y “línea de pobreza”, los autores demuestran que los niveles de bienestar son bajos y la pobreza, alta. Dejan en claro que más de una cuarta parte de los hogares en ambos valles se encuentra en pobreza extrema, con 73% de hogares pobres en el valle de Mexicali, en tanto que en el de San Quintín se elevan hasta 77%, considerando un ingreso de dos salarios mínimos.

El estudio asimismo corrobora la dramática polarización social y económica de las regiones agrícolas en el noroeste, donde coexisten grandes capitales concentrados en algunas manos y miles de jornaleros en condiciones de pobreza. Aunque se encontró menor bienestar entre la población indígena, en términos

generales la condición de pobreza y ausencia de bienestar se encuentran dadas de modo intrínseco por la lógica y las características de la agroindustria, así como por la precariedad del trabajo agrícola. Según los autores, el componente de etnicidad no tiene mayor relevancia, al menos en el caso de los jornaleros asentados.

El ensayo de Juan Luis Sariego y Alejandro Castañeda sintetiza un proyecto de investigación sobre las condiciones de vida de los jornaleros en Sonora. Sin lugar a dudas la investigación etnográfica es el sello distintivo de este trabajo, y se puede decir que el apartado de propuestas concretas para reducir la precariedad laboral e incidir en un mejoramiento de las condiciones de vida de estos trabajadores agrícolas –muchos de ellos indígenas migrantes e indígenas nativos– es el broche de oro con que se cierra el ensayo.

Los autores señalan la necesidad de integrar equipos de investigación multidisciplinaria para abordar la complejidad que caracteriza a este tipo de trabajadores agrícolas, así como la necesidad de pensar y diseñar posibles soluciones al grave problema de precariedad en que viven los jornaleros. Luego de presentar en forma minuciosa la descripción de los campos agrícolas, las condiciones de las viviendas y del equipamiento e infraestructura a su servicio, Sariego y Castañeda ofrecen una tipología de los campos agrícolas según condiciones relacionadas con la salud, la alimentación y la vivienda. Inestabilidad, inseguridad e incertidumbre son características comunes en los campos agrícolas, independientemente de su tipo de producción y de los perfiles sociolaborales de los jornaleros que en ellos trabajan.

El equipo de investigación decidió llevar más allá el diagnóstico, hacia la intervención social, a modo de construir un programa de certificación social y laboral de la producción agrícola, en aras de

mejorar las condiciones generales de los jornaleros y sus familias. El trabajo concluye con la exposición del proceso de construcción del programa y un balance de su viabilidad para el caso sonoreño.

María Isabel Ortega Vélez documenta el diagnóstico sobre las condiciones de nutrición de los miembros de familias jornaleras migrantes. En su ensayo desarrolla una metodología de tipo mixto, al emplear la estadística descriptiva y la investigación de tipo etnográfico para documentar 52 campos agrícolas de Sonora. Se construyeron indicadores para el análisis del estado de nutrición en adultos, jóvenes, niños, mujeres y hombres, y se incorporaron datos de diversas instituciones de salud, sobre todo las que atienden con mayor frecuencia a los jornaleros y sus familias.

Para hablar del estado de nutrición y de las condiciones de pobreza se tomó a las mujeres e infantes como parámetro, por constituir los grupos de mayor vulnerabilidad. Los resultados determinan un grado de desnutrición que, entre otras causas, se debe a un acceso limitado a una mayor diversidad de alimentos y a deficiencias asociadas con el reducido número de alimentos consumidos.

Las parasitosis resultaron comunes en los campos. Sin embargo –de acuerdo con la tipología expuesta por Sariego y Castañeda–, una región en particular se caracteriza por ser la más precaria y coincide con un mayor índice de estos padecimientos. Para finalizar con el diagnóstico, la obesidad constituye asimismo un problema nutricional entre los trabajadores agrícolas y sus familias. La autora presenta algunas recomendaciones para mejorar la nutrición de la población estudiada; por ejemplo, una mayor atención médica y que ésta sea regular, inversiones públicas y privadas para mejorar las condiciones de vida de estos trabajadores y la participación comunitaria.

Otro trabajo sobre Sonora, en particular sobre la costa de Hermosillo, introduce al perfil de los jornaleros migrantes. El ensayo de Sara María Lara Flores se basa en la información arrojada por una encuesta realizada en los estados agrícolas del noroeste. En el artículo se exponen algunos elementos que tipifican a estos trabajadores del campo, como el origen de los hogares, la relación de los jornaleros con las tierras, el lugar principal de residencia, los ciclos migratorios en los cuales se ubican, las características de sus hogares y la participación en el envío de remesas.

El análisis muestra algunas características concretas de estos jornaleros, como un doble patrón migratorio que diferencia la migración reciente de Veracruz de la tradicional de Oaxaca y Guerrero, así como la presencia de una migración de tipo pendular y otra de tipo circular asociada con los dos patrones mencionados. Las hipótesis expuestas por la autora se asocian con preguntas para futuras investigaciones, por ejemplo, sobre las diversas demandas respecto a los mercados de trabajo, las características de la mano de obra en las comunidades de origen, la migración jornalera y su articulación con la migración internacional.

El trabajo de Kim Sánchez Saldaña no trata acerca del noroeste. La autora aborda la región conocida como los Altos de Morelos, donde desde tiempo atrás ha estudiado a los jornaleros agrícolas y hortícolas. El trabajo destaca las condiciones de la producción hortícola en el estado de Morelos, la composición y conformación de mercados laborales y las demandas de trabajo, los diversos patrones migratorios –Sánchez Saldaña señala el modelo de migración pendular simple, compuesta intrarregional, compuesta interregional y circular compuesta– y las formas en que éstos se vinculan con la reproducción familiar de los trabajadores agrícolas que proceden sobre todo de Oaxaca y Guerrero.

La población estudiada muestra distintos destinos o puntos hacia los que se dirige con el mismo motivo: el trabajo agrícola. El concepto de “territorio migratorio” se retoma en el documento para aludir a la territorialización y la construcción de nuevas relaciones sociales y la acumulación de capital social y cultural en el transcurso de las migraciones.

El ensayo de Martha Judith Sánchez Gómez toma como eje de la discusión la trayectoria migratoria y laboral en dos condados de California, Estados Unidos. Se inicia con el aporte de las tipologías antropológicas, de corte procesual y relacional para la comprensión de los fenómenos que constituyen su eje de investigación, así como las limitaciones de este recurso metodológico. Después la autora contextualiza las trayectorias migratorias y laborales mediante la presentación de información general del estado de California y el enfoque particular en datos de los condados de Sonoma y Napa, conocidos a escala internacional por la producción de vinos.

En la caracterización de los trabajadores agrícolas encontramos sus trayectorias de migración interna en México, su posterior migración hacia Estados Unidos –no necesariamente a California– y su incorporación al trabajo agrícola en los ranchos vinícolas de la región, así como en su diversificación laboral hacia el sector de servicios. Aunque desde la perspectiva en que la autora presenta las trayectorias los “tipos” no esclarecen la complejidad de la migración internacional, el aporte central del documento radica en que evidencia la importancia de las redes sociales, en particular de las redes familiares, como un recurso fundamental de la migración.

Para finalizar el libro, el texto de Gerianne Weller Ford incorpora a la discusión el tema sobre los derechos lingüísticos y educativos de los niños. Vulnerabilidad e invisibilidad son dos

nociones que caracterizan a la población infantil que migra para trabajar en los campos agrícolas junto a sus padres. La invalidación u obstaculización de los derechos lingüísticos se ejerce en marcos de acción que de manera estructural marginan a los indígenas. Esta marginación no es sólo simbólica –en el sentido de no considerar la relevancia de la comunicación en la lengua indígena–, sino también práctica en cuanto a las desventajas sociales y políticas a que conduce.

A manera de conclusiones de la revisión referencial en el texto, se plantea la necesidad de entender las especificidades de la relación migración-educación bilingüe-interculturalidad, ya que ésta no es unidireccional: no sólo se trata de que los niños hablen la lengua indígena y el español, pues también es importante que las lenguas indígenas sean reconocidas, de tal forma que los no indígenas asimismo las aprendan. Esto requiere una resignificación que abra otros campos de uso y utilidad de las lenguas indígenas; es decir, la revitalización debe tener sentido para los indígenas.

Sin duda este trabajo aborda una dimensión de la precariedad de los jornaleros agrícolas y sus familias, la cual se debe considerar, pues entre los vulnerables hay grupos que lo son aún más.

Finalizo esta reseña con la pregunta mediante la cual Juan Luis Sariego y Pedro Alejandro Castañeda introducen a su ensayo: “¿Cuáles son los límites estructurales y las posibilidades de una política orientada a resolver los graves problemas de pobreza y bienestar social que enfrentan hoy los jornaleros agrícolas de México?”. Si bien ésta no ha sido respondida, esfuerzos colectivos e interdisciplinarios como el cristalizado en este libro conforman una pieza clave del rompecabezas sobre la pobreza, la vulnerabilidad, la precariedad, el desarrollo y el bienestar social de los jornaleros agrícolas.



Víctor Clark Alfaro, *Mixtecos en frontera*, México, CDI (Pueblos Indígenas del México Contemporáneo), 2008

Enah Fonseca Ibarra\*

**E**ste libro consiste en una disección del grupo indígena migrante más numeroso en el norte de México. Originarios de la Mixteca Alta y Baja del estado de Oaxaca, así como de la región de la Montaña de Guerrero y del sur de Puebla, los mixtecos dejaron sus terruños en busca del “sueño americano”.

El Programa Bracero (1942-1967) y la industrialización de la frontera con el establecimiento de las maquiladoras dieron inicio al éxodo de trabajadores que poco a poco encontraron la forma de traer a sus familias a las lejanas tierras del norte.

¿Quiénes son estos migrantes? ¿A qué se dedican? ¿Dónde viven? ¿En qué condiciones? ¿Cómo llegaron al norte? Éstas son sólo algunas de las preguntas de partida que Víctor Clark Alfaro responde por medio de la voz de sus informantes.

Con una pluma clara y ligera, el autor dibuja los escenarios en que necesitado

\* Profesora-investigadora, Centro INAH Baja California (montserrat\_fonseca@inah.gob.mx).

desenvolverse las tres generaciones de mixtecos que han vivido en la frontera. Vivir en la frontera, una zona de contrastes donde el eslogan publicitario “Tierra de oportunidades” es tan certero como las palabras “violencia”, “muerte”, “desaparición”, “cárcel”, “prostitución”, “corrupción” e “impunidad”.

Quienes lograron cruzar a Estados Unidos y regularizaron su situación migratoria son vistos como casos de éxito: ganan en dólares, tienen acceso a sistemas financieros, cuentan con la posibilidad de comprar vehículos y casas, y son objeto de admiración y envidia de los que se quedaron de este lado del muro fronterizo. Para los otros migrantes, los que permanecieron en México, el ingreso a las maquiladoras fue la mejor opción.

Tal vez estos últimos no consiguieron el sueño americano pero, como señala Clark, mejoraron sus condiciones de vida, al menos en cuestiones materiales, y tuvieron la posibilidad de conseguir terrenos, construir casas y reunir a sus familias. Algunos en la completa incertidumbre acerca de su futuro, sin saber otra lengua que la materna, sin pensar que Baja California sería su destino final, si bien allí aprendieron a adaptarse a las ventajas y desventajas que ofrece vivir en la frontera. Cuando las condiciones son tan adversas que la agresión y la violencia se vuelven cotidianas hasta el punto de percibirse como “riesgos de la migración”, los migrantes, refiere el autor, se vuelven espectadores, víctimas y participantes.

La venta de drogas y el tráfico de indocumentados son una opción como fuente de ingresos, pero lo es también el trabajo en las maquilas, el cual ha significado entre las mujeres la posibilidad de alcanzar independencia económica y cambios en los roles de género en el interior de sus hogares.

El ambulante en sus dos modalidades, la mendicidad y el comercio, es otra